

# La idea de cultura en Simmel como fuente de inspiración para Ortega

Juan Manuel Monfort Prades

ORCID: 0000-0003-1381-3687

## Resumen

Este trabajo tiene la intención de presentar las características más importantes de la idea de cultura de G. Simmel. La influencia de este autor en la filosofía de la cultura orteguiana es más que notable, por ello un recorrido a través de los textos relacionados con este tema puede ayudar a comprender mejor la obra del madrileño. A modo de ejemplo, podrá constatarse cómo en las *Meditaciones del Quijote* aparecen los temas más relevantes de los textos analizados.

## Palabras clave

Ortega y Gasset, Simmel, cultura, vida, tragedia, aventura, formas culturales

## Abstract

This essay tries to present the most important characteristics of Simmel's idea of culture. The influence of this author on Ortega's philosophy of culture is remarkable. Consequently, a review of the texts related to this topic can help us to understand Ortega's works better. As an example, we can see how in *Meditations on Quixote* the most important themes of the analyzed texts appear.

## Keywords

Ortega y Gasset, Simmel, culture, life, tragedy, adventure, cultural forms

La filosofía de la cultura sigue siendo en la actualidad un campo de estudio con grandes posibilidades entre los aspectos de la obra orteguiana. Si bien se han dedicado numerosos trabajos a lo que podría denominarse su crítica de la cultura, por ejemplo sobre *La rebelión de las masas*, escasean notablemente los análisis sobre los fundamentos de una filosofía de la cultura.

Los estudios de referencia más importantes sobre la filosofía de la cultura de Ortega son los ya conocidos de C. Morón Arroyo (*El sistema de Ortega y Gasset*), P. Cerezo (*La voluntad de aventura*) y J. San Martín (*Fenomenología y cultura en Ortega*), de los cuales, los dos últimos merecen un lugar preeminente. En continuidad con estos trabajos, siguiendo sus pasos, me propongo en este ensayo retomar y actualizar una de las influencias más decisivas que afectaron a Ortega en torno a este asunto, me refiero a la doctrina simmeliana de la cultura.

La intención es ofrecer un análisis de los escritos de Simmel sobre la cultura para que los lectores de Ortega juzguen por sí mismos si su presencia en la

### Cómo citar este artículo:

Monfort Prades, J. M. (2011). La idea de cultura en Simmel como fuente de inspiración para Ortega. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (22), 173-196.  
<https://doi.org/10.63487/reo.483>

Revista de  
Estudios Ortegaianos  
Nº 22. 2011  
mayo-octubre



obra del madrileño es o no relevante. Para ello se recopilarán las enseñanzas del berlinense que se publicaron en los dieciocho primeros años del siglo XX, partiendo de su *Filosofía del dinero* y recorriendo sus más notables ensayos, especialmente su "Concepto y tragedia de la cultura". Muy importante es reconocer que en este período de la obra de Simmel existe una continuidad patente en todos sus textos y que con toda seguridad es el conjunto total de la obra la que tiene una influencia decisiva en Ortega y no sólo este u otro trabajo.

Sorprendentemente la influencia de Simmel en Ortega no ha recibido toda la atención que merece tener. El primero que dedicó unas líneas a ello con cierta seriedad fue Ciriaco Morón Arroyo en su obra *El sistema de Ortega y Gasset* de 1968. Las ideas orteguianas de "cultura" y "vida" en *Meditaciones del Quijote* pueden tener su origen, según Morón Arroyo, en el artículo "Concepto y tragedia de la cultura" de Simmel, lo que intenta demostrar con un paralelismo muy acertado entre ambos textos<sup>1</sup>.

También Nelson Orringer, en su clásico trabajo *Ortega y sus fuentes germánicas*, dedica un capítulo a la influencia de Simmel en Ortega, aunque igual que el anterior autor se refería a la influencia de un ensayo, éste se refiere básicamente a la influencia de la obra *Goethe* de Simmel<sup>2</sup>. Su exposición se basa en cómo afectó la lectura de este libro en las distintas épocas de su pensamiento, pero no dedica unos párrafos al resto de trabajos sobre la cultura, que seguro fueron también muy influyentes. Ello no es óbice para reconocer el gran trabajo de Orringer, pues la obra citada de Simmel es sin lugar a dudas uno de los trabajos que dejó profunda huella en el madrileño.

Finalmente quien ha seguido con más profundidad las pistas de Simmel en la obra de Ortega ha sido Francisco Gil Villegas en su obra *Los profetas y el mesías*. Buscando poner en contacto a nuestro gran maestro con Lukács y Heidegger, sitúa a Ortega a la sombra de Simmel y no precisamente bajo la influencia de un solo trabajo sino de su obra en general, y es que ver a Ortega como un lector selectivo de la obra de Simmel no tiene mucho sentido si tenemos en cuenta que devoró la cultura alemana desde que entró en contacto con ella. Ahora bien, se echa de menos en la obra de este mejicano un mayor número de referencias a las obras cruciales de Simmel sobre la cultura, lo cual se comprende al no ser éste ni siquiera un objetivo secundario de su trabajo.

<sup>1</sup> Puede consultarse MORÓN ARROYO, C., *El sistema de Ortega y Gasset*. Madrid: Ediciones Alcalá, 1968, pp. 102-106.

<sup>2</sup> Consultar el trabajo ORRINGER, N., *Ortega y sus fuentes germánicas*. Madrid: Gredos, 1979. El capítulo dedicado a Simmel es el noveno (294-315), pero también se pueden leer las páginas 31-32 y 178-180 para completar su exposición.

Gil Villegas expone cómo Ortega recibe las clases de Simmel<sup>3</sup> en 1906 junto a Lukács en Berlín y cómo es allí donde quedó prendado del *Herr Zeitgeist*. La influencia de Simmel en su época, los conceptos de alma, forma y vida, trabajos como *Schopenhauer y Nietzsche*, *Rembrandt*, *Lebensphilosophie* o *Sociología*, son temas que analiza con más o menos detenimiento<sup>4</sup>. Los ensayos más directamente relacionados con la cultura también merecen un cierto tratamiento pero más reducido, de ahí que la propuesta de este artículo sea presentar las líneas directrices de los mismos para poder constatar con mayor claridad la gran influencia que tuvieron sobre Ortega.

La idea de cultura es sin lugar a dudas la columna vertebral de la obra simmeliana, puede considerarse el fundamento de sus ideas respecto a la sociedad. Este sociólogo más que filósofo y ensayista más que creador de grandes tratados, ofrece un buen número de trabajos en los que se analiza este concepto, ofreciéndonos, desde la corriente neokantiana, una visión original muy influyente en su época.

Los ensayos más relevantes en torno a la cultura que se pueden leer en español son: “Las grandes ciudades y la vida del espíritu” (1903), “De la esencia de la cultura” (1908), “El futuro de nuestra cultura” (1909), “El concepto y la tragedia de la cultura” (1911), “Transformaciones de las formas culturales” (1916), “El conflicto de la cultura moderna” (1918)<sup>5</sup>. De entre todos ellos des-

<sup>3</sup> Si bien Ortega quedó maravillado por las clases de Simmel, hay que incidir en que Ortega estaba aprendiendo alemán y unas lecciones magistrales de filosofía exigirían un conocimiento profundo de la lengua germana. Aunque en una carta a su padre reconozca que “de alemán... regular nada más. Pero es curioso; en las clases me entero ya perfectamente y espero, en unos días entender a los profesores como si hablaran en francés” (C. 43 de mayo de 1905 en *Cartas de un joven español*, Ed. El Arquero, 1991, p. 149), no hay que sobrevalorar sus palabras. Ello implicaría que la influencia intelectual de Simmel en 1906 no fue tan relevante y que más bien son las lecturas posteriores de las obras de Simmel que Ortega realiza las que marcan al madrileño. De todas formas, es sintomático que si bien José Lasaga en su obra *José Ortega y Gasset (1885-1955)*. *Vida y filosofía*, también hace referencia a la asistencia de Ortega a las clases de Simmel, por otra parte, Noé Massó, en uno de los estudios más completos de la juventud de Ortega llamado *El joven José Ortega. Anatomía del pensador adolescente*, pasa por alto este contacto no dándole relevancia alguna.

<sup>4</sup> En GIL VILLEGAS, F., *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. Las páginas más importantes sobre Simmel son de 116 a 162 y para ver la influencia de Simmel sobre Ortega y cómo Ortega hace suya su filosofía léanse 168-182 y 214-224.

<sup>5</sup> Estos artículos pueden consultarse en las siguientes recopilaciones de ensayos: SIMMEL, G., *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Península, 1988; SIMMEL, G., *Cultura femenina y otros ensayos*. Barcelona: Alba editorial, 1999; SIMMEL, G., *De la esencia de la cultura*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2007; SIMMEL, G., *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península, 1986. “La crisis de la cultura” puede leerse en *Revista española de investigaciones sociológicas*, 89 (2000).

tacará especialmente el escrito en 1911 por abordar el problema de una forma más completa<sup>6</sup>, pero no cabe olvidar que ya en *Filosofía del dinero*, este tema llama la atención del lector.

La época de Simmel es un momento de grandes posibilidades, pero podía vivirse espiritualmente de una forma muy pobre. La técnica comienza un desarrollo prodigioso hacia la constitución de grandes universos futuros y a la vez el dinero se ha convertido en el principal de los valores. Las cualidades de las cosas ya no son lo importante, antes bien es la cantidad la que alcanza la primacía. Las creaciones del ser humano adquieren una autonomía y a la vez muestran una indiferencia respecto a los hombres creadores, lo que lleva al individuo a un estado de soledad que Daniel Mundo describirá muy bien introduciendo el contexto vital de Simmel: “En esa soledad radical en la que los hombres nos fuimos colocando –de tanto en tanto interrumpida, por supuesto, por chispazos de pasión, amor y entrega– fue la compra, la acumulación y el consumo de objetos lo que agotó el sentido de la felicidad. La felicidad cambiaba su signo, de estar orientada a los otros, de ser un bien-en-común, pasó a refugiarse en el espacio privado del hogar, donde el principio de obediencia vale por sobre el de libertad, donde el *pater familias* ahoga la deliberación, donde lo común y lo com-partido es obligatorio y no electivo”<sup>7</sup>. El hombre se siente cada vez más señor de la tierra, pero a la vez se muestra más impotente ante los productos que inventa. Se encuentra cercado por una infinidad de objetos culturales que parecen tener para él algún sentido, aunque en realidad se encuentra a merced de éstos. En este contexto desarrolla sus trabajos Simmel.

### 1. Unas notas antropológicas como base de la idea de cultura de Simmel

Para Simmel es muy importante la diferencia que existe entre el hombre y el animal en cuanto a su forma de enfrentarse al mundo. El hombre no se planta ingenuamente en el mundo, como el animal, sino que se destaca enfrentándose a él, provocándolo, vencándolo o siendo vencido por él. “Al animal le falta el sentido de la vida, la propia intención ideal que pudiera incluirse determinado un acontecimiento extremo, puramente causal y, sin embargo, determinada de nuevo por aquella vida propia. En el animal se trata sólo de la vida en general, que ciertamente puede ser favorecida o refrenada en su tener-lugar natural, pero que no es acompañada, como es el caso en mayor o

<sup>6</sup> No hay duda de que la mejor recopilación de trabajos de G. Simmel sobre el tema de la cultura es el libro de FRISBY, D., y FEATHERSTONE, M., (eds.), *Simmel on culture. Selected writings*. London: SAGE, 2003, no traducido al castellano.

<sup>7</sup> SIMMEL, G., *De la esencia de la cultura*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2007. Ver la introducción de Daniel MUNDO, pp. 9-13.

menor grado en cualquier vida humana, por la idea de un transcurso específico realizado u obstaculizado por la realidad”<sup>8</sup>. La vida humana aparece bajo un doble aspecto: la naturalidad de su acaecer y la significación. Por un lado, estamos sometidos a la movilidad cósmica, por otro, conducimos nuestra existencia individual a partir de un centro propio y como forma de alguna manera cerrada en sí.

Uno de los artículos más notables de Simmel, “Puente y puerta” (1909), presenta en muy pocas páginas aquello que en el ser humano resulta fundamental, su capacidad de relacionar. El berlinés afirma: “sólo al hombre le es dado, frente a la naturaleza, el ligar y el desatar, y ciertamente en la sorprendente forma de que lo uno es siempre la presunción de lo otro”. Esta ligazón la presenta Simmel a través de dos figuras, el puente y la puerta.

Para nosotros, las orillas de un río están “separadas” cuando nuestra idea es trazar un camino, no están simplemente una frente a otra, nuestro espíritu actúa sobre estos elementos separados, utilizando expresiones simmelianas, reconciliando y unificando. La realidad nunca muestra esta cara, sólo la visión del espíritu la pone en relieve. “El puente otorga un último y elevado sentido por encima de toda sensorialidad, un sentido no mediado por ninguna reflexión abstracta, a un fenómeno particular que recoge en sí de este modo la significación intencional práctica del puente y la lleva a una forma visible, al igual que hace la obra de arte con su objeto”<sup>9</sup>.

Mientras que en la correlación unificación-separación, el puente hace hincapié en la primera, la puerta pone su acento en la última. Al igual que la primera persona que hizo un camino, el que hizo una choza, mostró el poder específicamente humano frente a la naturaleza de recortar una parcela de la continuidad que representa el medio natural y le otorgó un sentido. Ese espacio recortado fue unido en sí y separado del resto, la puerta separa el espacio humano del espacio natural, pero al poderse abrir y cerrar con libertad, el hombre crea una frontera que le protege y a la vez le comunica con el resto de vida. Dice Simmel: “La puerta une de nuevo la unidad finita a la que hemos ligado un trozo diseñado para nosotros del espacio infinito con este último; con la puerta hacen frontera entre sí lo limitado y lo ilimitado, pero no en la muer-ta forma geométrica de un mero muro divisorio, sino con la posibilidad de constante relación e intercambio”<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> SIMMEL, G., “El problema del destino”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península, 1986, pp. 37-38.

<sup>9</sup> SIMMEL, G., “Puente y puerta”, en *El individuo y la libertad*, ob. cit., p. 30.

<sup>10</sup> Ob. cit., p. 32.

Parece inevitable recordar las palabras conclusivas de este ensayo que buscan destacar esta capacidad humana por excelencia y que permiten descubrir el fundamento de la actividad cultural:

Porque el hombre es el ser que liga, que siempre debe separar y que sin separar no puede ligar, por esto, debemos concebir la existencia meramente indiferente de ambas orillas, ante todo espiritualmente, como una separación, para ligarlas por medio de un puente. Y del mismo modo el hombre es el ser fronterizo que no tiene ninguna frontera. El cierre de su ser-en-casa por medio de la puerta significa ciertamente que separa una parcela de la unidad ininterrumpida del ser natural. Pero así como la delimitación informe se torna en una configuración, así también su delimitabilidad encuentra su sentido y su dignidad por vez primera en aquello que la movilidad de la puerta hace perceptible: en la posibilidad de salirse a cada instante de esta delimitación hacia la libertad<sup>11</sup>.

Las dos grandes características del ser humano que se desprenden de aquí: por un lado ser seres que ligan y separan y, por otro, ser seres fronterizos que a su vez no tienen ninguna frontera, son dos presupuestos que no se pueden obviar en el estudio de su concepto de cultura.

El espíritu proporciona al hombre un segundo mundo de formas que tienen cierta autonomía respecto del alma que las crea: el arte, la religión, la ciencia, la moral, son formas cuajadas del espíritu que se han convertido en objeto que se contrapone a la corriente vital del alma subjetiva en que tienen origen. El sujeto, como espíritu, entra en contacto con el espíritu en cuanto formas objetivas, relación de carácter trágico pues se da una cierta tensión contradictoria entre la vida subjetiva sin pausa, limitada en el tiempo, y sus contenidos creados que prevalecen y valen para todos los tiempos. En esta tensión trágica tiene su lugar la idea de cultura.

La base de la cultura es un hecho interior que consiste en el camino del alma hacia sí misma, en el recorrido que hace que el ser humano sea lo que debe ser (lo que recuerda el ideal pindárico). Toda alma es más que aquello que momentáneamente es, es superación y perfección, y aunque Simmel no alude a ideales fijados en un lugar, comprende que en el alma se da una liberación de una fuerza de tensión encerrada en sí misma, un desarrollo de su germen más auténtico.

En este contexto se perfila el concepto de cultura. “No somos cultos por el mero hecho de haber cultivado en nosotros este saber o aquella capacidad par-

---

<sup>11</sup> Ob. cit., p. 34.

particular; sino cuando todos estos logros particulares sirven para el desenvolvimiento del alma misma, del centro, desenvolvimiento que va comprometido en esos logros, pero que no se identifica con ellos [...] la cultura es el camino que recorre la cerrada unidad de la persona, a través de una desplegada diversidad, para llegar a una desenvuelta unidad”<sup>12</sup>.

## 2. El concepto de cultura de Simmel

La idea de cultura es un tema muy recurrente en toda la obra de Simmel. Además de aparecer en multitud de ocasiones, también es muy repetitivo en términos generales. Entre 1900 y 1918, Simmel no realiza grandes variaciones en cuanto al concepto que maneja, antes bien tiende a apuntar, en los diferentes escritos, exposiciones relativamente parecidas. Puede ser muy iluminador ofrecer las aportaciones sobre el concepto de cultura que en cada texto relevante fue presentando, de esta forma veremos tanto la progresión como el hincapié que hace en algunos puntos que aparecen constantemente. Antes bien, para saber de qué se está hablando puede ser de utilidad traer a colación cómo algún crítico define qué es la cultura para Simmel. Habermas puede ser un buen ejemplo.

Este filósofo alemán, muy acertadamente, presenta el concepto simmeliano de cultura como algo dinámico:

Entiende por ésta el proceso pendiente entre el alma y sus formas. La cultura es las dos cosas: tanto las objetivaciones en las que se plasma una vida que deriva de la subjetividad, esto es, el espíritu objetivo, como también, a la inversa, la formación de un alma que asciende de la naturaleza a la cultura, es decir, la configuración del espíritu subjetivo [...]. El *telos* de este proceso de formación es la elevación de la vida individual. En la versión simmeliana el espíritu conserva decididamente la primacía sobre el objetivo; el cultivo del sujeto es prioritario con respecto a la cultura objetiva<sup>15</sup>.

Cuando en 1900 escribió la *Filosofía del dinero*, la idea de la cultura apareció muy desarrollada en el capítulo sexto titulado “El estilo de vida”, el cual es un texto muy interesante en cuanto a aportaciones sobre este asunto. En realidad la cultura y su dinámica es el tema de fondo de toda la obra, pero son de especial relevancia las reflexiones finales. Al principio del capítulo dice Simmel:

<sup>12</sup> Ob. cit., p. 39.

<sup>15</sup> SIMMEL, G., *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Península, 1988. Epílogo de J. HABERMAS, pp. 273-285.

Al llamar cultura a los refinamientos, las formas espiritualizadas de la vida y los resultados de los trabajos internos y externos a ella, estamos ordenando estos valores en una dirección en la que ellos no se encuentran sin más, por razón de su significación propia y objetiva. Para nosotros son contenidos de la cultura en la medida que los consideramos como expansiones elevadas de simientes y tendencias naturales, elevadas por encima de la medida de desarrollo, realización y diferenciación que serían accesibles a su mera naturaleza. El presupuesto del concepto de cultura es una energía u orientación naturales cuya mera existencia real basta para garantizar que se hallará detrás de toda evolución posterior<sup>14</sup>.

Esta sería en principio una primera definición de cultura, que aunque amplia, contiene el elemento fundamental: la progresión de un elemento hacia su desarrollo pleno.

Simmel pensaba que en su época se estaba atravesando un momento muy especial en el que la verdadera cultura, la de los individuos, estaba retrocediendo a la vez que se creaban unos artefactos muy refinados. “Las cosas que llenan y rodean objetivamente nuestra vida: aparatos, medios de circulación, productos de la ciencia, de la técnica y del arte, están increíblemente cultivados, pero la cultura de los individuos, al menos en las clases superiores, no está igualmente avanzada e, incluso en muchos casos, hasta se encuentra en retroceso”<sup>15</sup>. Unas líneas después añade: “el tesoro de la cultura objetiva aumenta progresivamente en todas sus partes, mientras que el espíritu individual únicamente puede ampliar las formas y contenidos de su formación de modo mucho más lento y como con cierto retraso respecto a aquel tesoro”<sup>16</sup>.

¿Cuál es el origen de este fenómeno que sacude a la modernidad? Para explicar este hecho primero recurre a poner de relieve una característica notable que poseen los objetos culturales. Según Simmel en ellos el espíritu habita de forma potencial y es la conciencia individual quien puede hacerla cristalizar. Ese proceso de cristalización representa la condensación –completa o incompleta– de aquella verdad objetivamente válida de la que nuestro conocimiento constituye una copia. Esta cualidad de las cosas parece clave para comprender por qué una cultura puede crecer y otra no, así lo explica el autor:

Al reconocer esta categoría del espíritu objetivo como la representación histórica del contenido espiritual válido de las cosas en sí, podemos comprender cómo es posible que el proceso cultural, al que interpretábamos como una

<sup>14</sup> SIMMEL, G., *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1976, p. 560.

<sup>15</sup> Ob. cit., p. 563.

<sup>16</sup> Ob. cit., p. 564.

evolución subjetiva –la cultura de las cosas como cultura de los seres humanos– se puede separar de su contenido; entrando en aquella categoría este contenido alcanza otra situación similar, con lo que aparece la base fundamental para la manifestación que se nos aparecía como el desarrollo separado de la cultura objetiva y de la persona. Con la objetivación del espíritu aparece la forma que permite una conservación y una acumulación del trabajo de la conciencia; esta objetivación es la más importante y la más rica en consecuencias de todas las categorías históricas de la humanidad, puesto que convierte en hecho histórico lo que biológicamente resulta tan dudoso: la heredabilidad de los caracteres adquiridos<sup>17</sup>.

“De la esencia de la cultura” es un ensayo de 1908 en el que Simmel pone todo su empeño en desmenuzar el concepto procediendo desde una comprensión general de la cultura a un concepto de cultura vinculado a la persona. Pero no termina ahí su examen, pues también trata de mostrar que no todas las acciones humanas que en principio podrían ser calificadas de cultura realmente lo son.

Todas las actividades del ser humano podrían ser calificadas de naturales, pero en cuanto se habla de cultura, cabe utilizar un concepto de naturaleza más restringido para que tengan cabida las actividades culturales frente a las naturales, pero ¿dónde está la diferencia?

En ocasiones puede parecer que el concepto de cultura coincide con la actividad teleológica humana en general, pero no es así exactamente, pues poner la zancadilla a un compañero para que caiga nadie diría que es un acto cultural. El cultivar, dice Simmel, “presupone que haya ahí algo que antes de su verificación se encuentre en un estado no cultivado, precisamente el «natural»; y presupone, en efecto, además, que la modificación que entonces se realiza de este sujeto esté latente de algún modo en sus relaciones estructurales y fuerzas motrices, aun cuando no realizable por estas mismas, sino precisamente sólo por la cultura; presupone que el cultivar conduzca a su objeto a la perfección determinada para él, perfección situada en la auténtica y enraizada tendencia de su ser”<sup>18</sup>.

Cultivar no es sólo llevar un ser a un estado de desarrollo superior al alcanzable por su naturaleza, sino “desarrollo en la dirección de un núcleo interno originario, consumación de este ser, por así decirlo, según la norma de su propio sentido, de sus más profundos impulsos; pero esta consumación no es alcanzable en el estadio que llamamos natural”<sup>19</sup>. De aquí se extrae que sólo el

<sup>17</sup> Ob. cit., p. 569.

<sup>18</sup> SIMMEL, G., “De la esencia de la cultura”, en *El individuo y la libertad*, ob. cit., p. 120.

<sup>19</sup> Ob. cit., p. 121.

hombre es verdadero objeto de cultura (si usamos “cultivar” para referirnos a cosas, es de forma análoga), es decir, de cultivarse, pues sólo en él encontramos una exigencia de perfección. Aquello hacia dónde el alma debe desarrollarse está dibujado en ella misma con líneas invisibles.

Pero si la cultura es una consumación del hombre, no toda consumación humana es cultura, pues hay desarrollos que el alma efectúa que no son cultura. Para que se dé una auténtica cultura humana, el desarrollo debe incluir algo que le sea externo. “El carácter cultivado es un estado del alma, pero un estado tal que se alcanza por el camino de la utilización de objetos conformados convenientemente”<sup>20</sup>. Esto lleva a Simmel a plantear dos significaciones de su concepto: por un lado “cultura objetiva”, es decir, las cosas en aquella elaboración y crecimiento que conducen al alma a su consumación más propia; por otro lado, la “cultura subjetiva”, que entiende Simmel como la medida de desarrollo de las personas alcanzada a partir de las formas culturales objetivas. Entre ambas existe una diferencia fundamental:

La cultura subjetiva es la meta final dominante, y su medida es la medida del tener parte del proceso vital anímico en aquellas perfecciones o bienes objetivos. Evidentemente, no puede haber cultura subjetiva sin cultura objetiva, porque un desarrollo o un estado del sujeto es cultura sólo por el hecho de que engloba en su camino objetos transformados de este modo. La cultura objetiva, por el contrario, puede alcanzar una autonomía, ciertamente no completa, pero sí relativamente considerable, frente a la subjetiva, en tanto que se crean objetos “cultivados”, esto es, según su sentido, objetos que cultivan, cuya significación en esta dirección es aprovechada sólo incompletamente por los sujetos<sup>21</sup>.

En 1909 se presenta el ensayo “El futuro de nuestra cultura”, un breve escrito, pero muy interesante, pues en él los conceptos de cultura y tragedia comienzan a vincularse, convirtiéndose el trabajo en precursor del que aparecerá en 1911 sobre el concepto y tragedia de la cultura. Si bien desde la *Filosofía del dinero* Simmel tiene conciencia de una problematicidad interna en la idea de cultura, ésta no había aparecido aún tan claramente ligada al tema de la tragedia.

Cabe destacar cómo Simmel se muestra muy interesado en remarcar la necesidad de los elementos externos para que exista una cultura personal. El ensayo anterior sobre la esencia de la cultura, se quedaba exactamente en este punto, el cual se convierte en la nota definitoria de la cultura subjetiva. Afirma este pensador:

<sup>20</sup> Ob. cit., p. 122.

<sup>21</sup> Ob. cit., p. 126.

La cultura, más bien, me parece ser como la relación de las energías anímicas, subjetivas, reunidas en el punto unitario del Yo, con el reino de los valores objetivos, históricos o ideales. El hombre está cultivado cuando estos bienes objetivos de tipo espiritual, o también externo, pasan a formar parte de su personalidad, de tal modo que le permiten progresar por encima, por así decirlo, de la medida natural alcanzable puramente por sí mismo. Ni lo que somos totalmente a partir de nosotros, y ya lo sea por medio de la más grande predisposición ética, intelectual, religiosa u otra, ni lo que nos rodea en lo que se refiere a productos del trabajo de la humanidad, significa la altura de la cultura, sino la consumación armónica de lo primero por medio de la asimilación interna y fructífera de lo otro<sup>22</sup>.

Las distintas épocas han puesto el acento en hacer crecer los objetos culturales o en hacer crecer a los individuos, unas apuestan por acrecentar la cultura subjetiva y otras la objetiva. Cuando se busca hacer crecer la cara objetiva es fruto de intereses particulares, cuando se impulsa la subjetiva es a través de políticas educativas de carácter general, pero mientras la objetiva aumenta rápida e ilimitadamente, la subjetiva se acrecienta sólo muy lentamente, lo cual es una trágica contradicción.

1911 está marcado por la llegada de “El concepto y la tragedia de la cultura”<sup>23</sup>, posiblemente el ensayo de Simmel que ha dejado más huella en la historia de la filosofía de la cultura y del que a continuación se exponen las ideas más notables.

El hombre puede poseer cultivos, culturas y a la vez no ser un hombre realmente culto, cultivado, si su núcleo más profundo no se desenvuelve. Cuando Simmel se pregunta por el motivo de ese desarrollo la respuesta que ofrece no va más allá de proponer una cierta armonía preestablecida. El texto en que introduce esta idea llega a propósito de afirmar que un hombre puede tener muchos conocimientos y a la vez no ser culto, pues esto sólo se produce si “los contenidos suprapersonales acogidos desarrollan en su alma, por una especie de armonía preestablecida, aquello que es su impulso más auténtico y que esboza en él, anticipadamente, su completo acabado”<sup>24</sup>. Este hombre culto tiene

<sup>22</sup> SIMMEL, G., “El futuro de nuestra cultura”, en *El individuo y la libertad*, ob. cit., p. 130.

<sup>23</sup> SIMMEL, G., “El concepto y la tragedia de la cultura”, *Revista de Occidente*, vol. XLII, 124, Madrid, 1933, pp. 36-77. Este trabajo fundamental originalmente se publicó en 1911 en la revista *Logos*, para luego traducirse al castellano en *Revista de Occidente*. Puede consultarse también en otras publicaciones más actuales como: SIMMEL, G., *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Península, 1988; SIMMEL, G., *Cultura femenina y otros ensayos*. Barcelona: Alba editorial, 1999; SIMMEL, G., *De la esencia de la cultura*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2007.

<sup>24</sup> SIMMEL, G., “El concepto y la tragedia de la cultura”, *Revista de Occidente*, vol. XLII, 124, Madrid, 1933, p. 40.

un modo de ser que consiste en, utilizando las expresiones de D. Mundo<sup>25</sup>, estar-permanentemente-estimulado, o lo que es lo mismo, la clave de la cultura es que el sujeto sea un ser-entre-tenido, cuando su espíritu se estanca queda alienado y precisamente ésa es la clave de la cultura moderna, una cultura que ahoga y no permite que el hombre vaya más allá de lo que ésta le ofrece. Frente a ello Simmel aboga por una actitud activa, lúdica, aventurera ante el mundo. La aventura nos hace prestar más atención a lo interior que a lo exterior, hace que nos conduzcamos en el mundo sin ataduras ni seguridades (lo cual es el fruto precisamente de la cultura objetiva), antes bien lo fiamos todo a la incertidumbre. “En contraste con el encadenamiento de los círculos de vida, con la certeza de que en definitiva todos esos sentidos de marcha opuestos, esas revueltas, esos entrelazamientos trenzan un hilo continuo, se encuentra lo que llamamos aventura: una parte de nuestra existencia, sin duda, que se vincula directamente hacia delante y hacia atrás a otras, y que al mismo tiempo, en su sentido más profundo, discurre al margen de la continuidad que es, por lo demás, propia de esta vida”<sup>26</sup>.

No hay cultura si el alma recorre el camino hacia sí misma, desde la posibilidad de nuestro verdadero yo a su verificación, con sólo sus fuerzas personales subjetivas. La cultura verdadera necesita un elemento exterior al hombre; sólo cuando en el desarrollo del alma se incorpora un elemento extrínseco a la misma, se alcanza la cultura. Esos elementos son las formas culturales clásicas, especialmente la ciencia, la moral y el arte. La persona, para ser culta, debe incorporar estas formas. Como afirma este autor, “constituye la gran paradoja de la cultura que la vida subjetiva, sentida por nosotros en su corriente continua, y que tiende por sí misma a su acabado interior, no puede lograrlo por sí sola, sino valiéndose de esas formaciones que se le presentan con un aspecto completamente extraño, herméticamente cristalizadas. La cultura nace –y esto es lo esencial para su comprensión– en la concurrencia de dos elementos que, aisladamente, no la contienen: el alma subjetiva y el producto espiritual objetivo”<sup>27</sup>.

Estas dos dimensiones, la subjetiva y la objetiva, dan lugar a la verdadera cultura. Por un lado tenemos la vida subjetiva que crea todo sentido, valor, significación, que alberga todo ello con exclusividad, por otro tenemos el valor que ha cuajado en los objetos y que ya no necesita de ningún sujeto, lo que explicará con el ejemplo de la salida del sol y el cuadro que representa este acontecimiento.

<sup>25</sup> SIMMEL, G., *De la esencia de la cultura*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2007. Ver la introducción de MUNDO, D., pp. 9-13.

<sup>26</sup> SIMMEL, G., “La aventura”, en *Sobre la aventura, Ensayos filosóficos*. Barcelona: Ed. Península, 1988, p. 11.

<sup>27</sup> SIMMEL, G., “El concepto y la tragedia de la cultura”, *Revista de Occidente*, vol. XLII, 124, Madrid, 1933, pp. 41-42.

tecimiento. “Al enfrentarse estas valoraciones del espíritu subjetivo y del objetivo, la cultura pasea su unidad entre las dos, porque representa aquel tipo de plenitud individual que sólo puede llevarse acogiendo o utilizando estas formaciones de carácter sobrepersonal que, en algún sentido, se hallan fuera del sujeto. Porque éste no podrá alcanzar el valor específico que es su cultura, si no lo busca por el camino de las realidades espirituales objetivas; y éstas no pueden convertirse en valores culturales si no recogen y hacen pasar a su través el camino que conduce al alma hacia sí misma, desde su estado que podríamos llamar natural a su estado cultivado o cultural”<sup>28</sup>. De esta forma, Simmel comprende la cultura como un proceso de desarrollo personal, pero en él tienen un lugar clave las formas culturales, el sujeto crece en diálogo con estas realidades y no puede hacerlo al margen de las mismas.

Existen dos excesos que cabe evitar en cuanto a la cultura, podemos encontrar hombres orientados exclusivamente hacia el sujeto, hombres que buscan sólo la salvación de su alma, la perfección interna, el poder personal. La figura representativa sería el santo estilista. Por otra parte podría darse el caso de un hombre que busca la plenitud de su obra de tal forma que no pretende nada más que su trabajo cumpla con las exigencias de su idea y nada más. La figura representativa sería el especialista.

En ambos casos nos encontramos con actitudes que se enfrentan a la realidad de la cultura, pues ésta está en la síntesis, no en el cultivo de una sola de las dimensiones. Estos dos elementos están peculiarmente intrincados, es una intrincación única “en la que el desenvolvimiento cultural del ser personal es un estado que no existe sino en el sujeto, pero un estado de tal índole que no puede ser logrado más que mediando la recepción y aprovechamiento de contenidos objetivos. De aquí que la cultura sea una tarea infinita, ya que no es posible suponer como agotada la utilización de los momentos objetivos”<sup>29</sup>.

Con estas palabras entramos en la materia de la tercera parte de esta exposición, pues ésta está dedicada a la interpretación trágica que Simmel realiza de la cultura.

### 3. La tragedia de la cultura

En este concepto de cultura, las energías psíquicas subjetivas consiguen una forma objetiva independiente del proceso vital creador que le da su ser. Estas formas vuelven a embarcarse en el proceso vital subjetivo de modo que el sujeto se orienta hacia su ser central. Se conforma así una corriente que va del

---

<sup>28</sup> Ob. cit., p. 50.

<sup>29</sup> Ob. cit., p. 58.

sujeto al sujeto pasando por el objeto. El problema llega si el objeto pierde su labor mediadora y la cadena se rompe desmontando el puente que une los dos puertos del sujeto en su viaje hacia la cultura.

Afirma Simmel: “desde el momento en que nuestra obra se ha destacado de nosotros, no sólo posee existencia y vida propias que se desentienden de nosotros, sino que contienen en este su auto-ser –como si dijéramos, por gracia del espíritu objetivo– fuerzas endebles, partes y relevancias que nada deben a nosotros y de los que somos, acaso, los primeros sorprendidos”<sup>50</sup>. Los objetos poseen una lógica y un valor propios y el hombre llega a convertirse en mero paciente de la fuerza y el valor de estos objetos que parece que funcionen en favor de su propio perfeccionamiento en lugar de la perfección del hombre. Ésta es la clave de la tragedia de la cultura, en la que Simmel insistirá en párrafos como éste:

Calificamos de trágica fatalidad el hecho de que las fuerzas que se encaminan a la destrucción de un ser nazcan de las capas más profundas de este mismo ser; con su aniquilamiento culmina un destino inicialmente implicado en él, destino que no es sino el desarrollo lógico de aquella estructura con la que el ser ha construido su propia positividad. El concepto común a toda cultura es que el espíritu crea algo objetivo, independiente, en cuya virtud puede tener lugar el desenvolvimiento del sujeto partiendo de sí mismo hasta llegar a sí mismo; pero ese elemento integrador, condicionador de la cultura, como es objetivo independiente, se halla predeterminado para un desarrollo autónomo, desarrollo para el que sigue utilizando constantemente las fuerzas de los sujetos, y comprometiéndolos en su propia trayectoria, sin por eso elevarlos a sus alturas personales: el desarrollo del sujeto no puede seguir la vía propia del desarrollo del objeto y si la sigue se pierde en un callejón sin salida o se vacía de su vida íntima<sup>51</sup>.

Este largo texto expresa perfectamente el significado de la tragedia de la cultura, pues la clave está en que el sujeto acaba buscando la perfección del objeto y no la suya propia y además esto es propio de la dinámica interna de la cultura, es como una contradicción interna. El objeto cultural enreda al sujeto, y lo desvía de su objetivo.

Con la modernidad, este proceso de antítesis ha llegado a su punto álgido y puede comprobarse en el día a día. “Entre la vida que siempre sigue agitándose en oleadas, que se extiende como una energía que salta a la vista, y las formas de

<sup>50</sup> SIMMEL, G., “El concepto y la tragedia de la cultura”, *Revista de Occidente*, vol. XLII, 124, Madrid, 1933, p. 65.

<sup>51</sup> Ob. cit., p. 71.

su exteriorización histórica que se mantienen fijas en rígida igualdad, existe inevitablemente un conflicto que llena toda la historia de la cultura, si bien, naturalmente, permanece latente en ocasiones. Pero en el presente me parece que está en marcha a propósito de un gran número de formas culturales”<sup>32</sup>.

El hombre moderno “se siente rodeado por un número infinito de elementos culturales que no dejan de tener importancia para él, y que, sin embargo, tampoco tienen una decisiva importancia; se le presentan como una masa abrumadora, ya no puede asimilarse íntimamente todos los elementos, pero tampoco puede rechazarlos sin más, pues que forman parte, potencialmente, de la esfera de su desarrollo cultural [...]. El hombre de nuestro tiempo lo tiene todo y no posee nada”<sup>33</sup>.

Ramón Ramos ha analizado a fondo el concepto de tragedia en Simmel y, tras su estudio, no cabe duda de que el diagnóstico principal del berlinense es que el mundo contemporáneo se precipita hacia lo trágico por causa de un antagonismo de principios irreconciliables que lleva a la irónica aniquilación del sujeto cultural por la cultura creada. Simmel suele acercarse a la realidad social a través de dualismos, y en la cultura lo encuentra entre la cultura objetiva y la subjetiva. Toda dualidad puede conformarse de tres maneras: la síntesis que armoniza lo distinto, la compartimentación que fragmenta la unidad y el antagonismo que enfrenta lo que está separado. El concepto pleno de cultura exige la síntesis, el entretrejimiento del sujeto cultivado y las objetivaciones culturales, en plena inserción de éste en aquéllas y de aquéllas en éste, pero Simmel insiste en que la cultura contemporánea está derivando no a una síntesis sino a un antagonismo entre los tipos de cultura<sup>34</sup>.

Los contenidos objetivos donde las personas acuden para cultivarse pueden acabar convirtiéndose en su propia perdición, de ahí que diga Simmel: “las formas que la vida se ha construido como vivienda se han vuelto una vez más cárcel para la vida”<sup>35</sup>. Ese mundo puede desarrollarse de tal forma que acabe siendo extraño e inasimilable a quienes deben nutrirse de él, cuando esto sucede se da la verdadera tragedia de la cultura<sup>36</sup>. Dice Simmel:

---

<sup>32</sup> SIMMEL, G., “Transformaciones de las formas culturales”, en *El individuo y la libertad*, ob. cit., p. 133.

<sup>33</sup> SIMMEL, G., “El concepto y la tragedia de la cultura”, *Revista de Occidente*, vol. XLII, 124, Madrid, 1933, p. 72.

<sup>34</sup> Ver RAMOS TORRE, R., “Simmel y la tragedia de la cultura”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89 (2000), pp. 49-50.

<sup>35</sup> SIMMEL, G., “Transformaciones de las formas culturales”, en *El individuo y la libertad*, ob. cit., p. 134.

<sup>36</sup> También se puede leer en otro de sus ensayos cómo el conflicto entre ambas culturas es algo interno, de suyo, y especialmente visible en nuestra época: “la vida anhela lograr algo que no puede alcanzar. Desea trascender las formas y aparecer en su desnuda inmediatez. Los proce-

La vida creadora produce constantemente algo que no es de nuevo vida, algo en lo que de algún modo se precipita hacia la muerte, algo que le contrapone un título legal propio. La vida no se puede expresar a no ser en formas que son y significan algo por sí, independientemente de ella.

Esta contradicción es la auténtica y continua tragedia de la cultura. Lo que consiguen el genio y las épocas afortunadas es que la creación se torne, por medio de la vida que fluye desde el interior, una forma felizmente armónica, que por lo menos conserve durante un tiempo la vida en ella y no quede petrificada en ninguna autonomización, por así decirlo, enemiga de la vida<sup>37</sup>.

Frente a la cultura objetiva, el individuo se ha venido a menos, se ha reducido a una partícula de polvo frente a una enorme organización de cosas y procesos que le quitan de las manos los valores y progresos para apropiárselos. Para el alemán, la ciudad es el escenario privilegiado de esta cultura que crece por encima de lo personal. En las ciudades la vida es más fácil, uno se deja llevar por la corriente y casi no necesita nadar, pero a la vez la vida se compone cada vez más de estos contenidos impersonales, los cuales quieren eliminar las coloraciones humanas.

No podemos más que afirmar que la cultura guarda en su interior una grave contradicción, una tragedia, pues los contenidos de la cultura, las formas culturales se atienen a una lógica que nada tiene que ver con la finalidad de la cultura. El camino que el sujeto recorre para su cultura está condicionado por el hecho de que los contenidos del alma se hagan independientes y se objetivicen, resulta que la cultura, desde el primer momento de su existencia, lleva consigo aquella condición –la forma que adquieren sus contenidos– que está destinada a desviar, entorpecer, desconcertar y dividir su íntima esencia: ser camino del alma inicial para el alma terminal, acabada.

El gran empeño del espíritu es vencer y superar el objeto haciéndose a sí mismo objeto para poder volver después hacia sí. La capacidad de ligar del ser humano cristaliza en formas culturales, pero estas formas culturales no son obstáculos para el ser humano, más bien al contrario. Igual que el ser humano necesariamente pone puertas para establecer fronteras sobre las que domina,

---

... sos de pensar, desear y conformar sólo pueden sustituir una forma por otra. Nunca pueden reemplazar la forma como tal por la vida que, como tal, trasciende la forma. Todos estos ataques contra las formas de nuestra cultura, que alinean contra ellas las fuerzas de la vida en «sí misma», encarnan las contradicciones internas más profundas del espíritu. Aunque este conflicto crónico entre forma y vida ha sido más acusado en otras épocas históricas, ninguna tanto como la nuestra la ha revelado como su auténtico tema de controversia”. Ver SIMMEL, G., “El conflicto de la moderna cultura”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89 (2000), p. 329.

<sup>37</sup> SIMMEL, G., “Transformaciones de las formas culturales”, en *El individuo y la libertad*, ob. cit., pp. 133-134.

también las formas culturales son distintas fronteras con las que el mundo toma carácter. Pero el ser humano es aquel que abre y cierra las puertas, vive estableciendo fronteras, y a la vez está más allá de ellas. No pone puertas y crea habitaciones para encerrarse en ellas sino para dar un sentido a la realidad. Si el ser humano se encierra en sus creaciones renuncia a sus principales capacidades como ser humano, lo que le lleva a la degradación, pues como Simmel decía en “Puente y puerta”, el ser humano es un ser fronterizo pero no tiene fronteras.

El inicio del siglo XX era para Simmel el momento adecuado para que el ser humano protagonice la tragedia de su alienación, de la renuncia al desarrollo de su núcleo más personal. Si bien su capacidad de ligar se mantiene, parece que esas ligazones que establece entretejen una maraña en la que él mismo se ha visto envuelto, una frontera cada vez más infranqueable que provoca que ya no se distinga del resto de objetos del mundo al quedar unido a él en un mismo todo. Esta tensión entre quedar fundido con el resto de objetos y a la vez distinguirse, es la dinámica más propia del ser humano, lo que no es óbice para que existan épocas como la actual en las que uno de los dos elementos tenga mayor fuerza. Como el mismo Simmel reconoce, el final de esta tragedia, de este eterno enfrentamiento es el gran arcano, el gran secreto de la vida humana: nunca “el puente entre el antes y el después de las formas culturales apareció tan completamente destruido como ahora, de modo que la vida sin forma en sí sólo parece quedar suspensa en el vacío. Indudablemente, la vida también empuja hacia aquel cambio típico cultural, hacia la creación de nuevas formas, adecuadas a las fuerzas actuales, aunque con éstas –tal vez haciéndose, la vida, lentamente consciente, prolongado por más tiempo la lucha abierta– un problema sólo es suplantado por uno nuevo, un conflicto por otro. Pero con esto se realiza el verdadero modelo de la vida que, en sentido absoluto, es una lucha que abarca la relativa oposición de lucha y paz, mientras la paz absoluta, que quizá también encierra esta oposición, continúa siendo el secreto divino”<sup>38</sup>.

#### 4. De Simmel a Ortega en la idea de cultura

El concepto de cultura aparece en Ortega ya en sus primeros escritos, pues desde joven el objetivo de su filosofía es buscar solución al problema de España, problema que tiene un carácter eminentemente cultural. En este sentido, cultura podría no ser más que “la acumulación de técnicas y artefactos que permiten al hombre enfrentarse con los problemas de la vida durante un período

---

<sup>38</sup> SIMMEL, G., “El conflicto de la moderna cultura”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89 (2000), pp. 329-330.

histórico determinado"<sup>39</sup>, pero en la medida que el pensamiento orteguiano avanza, el concepto se vuelve más complicado.

Tras sus primeros viajes a Alemania, como idea neokantiana, la cultura es la ciencia, la moral y el arte, las tres grandes formas culturales de las que hay que empaparse si no se quiere caer en la chabacanería. El concepto está atravesado por el idealismo de sus maestros de Marburgo Cohen y Natorp y su contenido principal es el orden, el método, la ley, en definitiva la objetividad.

*Meditaciones del Quijote* es el primer libro de Ortega y también el lugar donde el concepto de cultura comienza a madurar. Tras haber conocido el neokantismo y con él a Simmel, Ortega bebió de las fuentes de la fenomenología<sup>40</sup>, de ambos movimientos intelectuales brotan dos corrientes distintas sobre el sentido de la cultura, los cuales cristalizan de una forma peculiar en el primer libro de Ortega<sup>41</sup>.

La tensión entre cultura y vida de Simmel aparece con claridad, pero también la idea fenomenológica de ir a las cosas mismas, lema principal de este movimiento filosófico, frente a las grandes formas culturales del neokantismo. Todo ello determina la idea de cultura de *Meditaciones*.

Puesto que no es la intención de este ensayo mostrar todas las correspondencias entre Simmel y Ortega sino más bien redescubrir las notas más importantes de la filosofía de la cultura del primero para volver a leer a Ortega con una sensibilidad distinta, intentaremos, a modo de conclusión y sin ser exhaustivos, llamar la atención sobre algunas coincidencias.

En obras como *El tema de nuestro tiempo* y *La rebelión de las masas*, la influencia de Simmel puede verse con claridad, como bien expusieron en su momento tanto Orringer como Gil Villegas, pero ya *Meditaciones del Quijote* (1914) está marcado por Simmel, como Morón Arroyo sugirió en 1968 en *El sistema de*

<sup>39</sup> Así define la cultura el discípulo estadounidense de Julián Marías Harold Raley en su anexo de terminología orteguiana incluido en su libro *Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea* (Madrid: Revista de Occidente, 1971, pp. 256 y 257).

<sup>40</sup> Descubre a Husserl y lee con detenimiento sus *Investigaciones Lógicas* e *Ideas*, pero parece ser que fue también la obra de Wilhelm Schapp *Aportaciones a una fenomenología de la percepción* publicada en 1910 la que dejó una gran impronta fenomenológica en *Meditaciones del Quijote*. Tanto Nelson Orringer en su trabajo *Ortega y sus fuentes germánicas* (pp. 133 y ss.) como Javier San Martín en *Fenomenología y cultura en Ortega* (p. 98) insisten en la importancia de esta obra para Ortega.

<sup>41</sup> Existe un cierto paralelismo entre la filosofía de la cultura de Ortega y la de Hans Freyer que puede deberse precisamente a que en ambos autores las influencias principales en cuanto a la teoría de la cultura son la fenomenología y las ideas de Simmel. Hans Freyer, discípulo de Simmel, escribió en la década de los años veinte del siglo pasado *Teoría del espíritu objetivo*, una obra que presenta numerosos paralelismos con la filosofía de la cultura que Ortega inicia en *Meditaciones del Quijote*. Sobre este hecho hizo una breve referencia Antonio Regalado en su trabajo *El laberinto de la razón: Ortega y Heidegger* (Madrid: Alianza, 1990, pp. 179 y 180).

*Ortega y Gasset*. Veamos a continuación algunos aspectos relevantes del primer libro de Ortega, pues en él ya se encuentran todos los temas importantes que Simmel sugiere a propósito de la cultura.

En primer lugar cabe percatarse de cómo Simmel se hace presente en uno de los párrafos más conocidos de Ortega sobre el tema de la cultura. Comencemos por recordar el texto de Ortega:

La cultura nos proporciona objetos ya purificados que alguna vez fueron vida espontánea e inmediata, y hoy, gracias a la labor reflexiva, parecen libres del espacio y del tiempo, de la corrupción y del capricho. Forman una zona ideal y abstracta, flotando sobre nuestras existencias personales siempre azarosas y problemáticas<sup>42</sup>.

La contraposición entre vida y formas de Simmel puede apreciarse en este texto. Por un lado tenemos las formas de la cultura, libres de la corrupción y del capricho, con una autonomía y una lógica propia, una creación humana que adquiere un estatuto de independencia de lo humano. Por otro lado la vida espontánea, el alma diría Simmel, nuestra existencia personal siempre azarosa y siempre fluyendo.

Para Ortega todo empieza, como en Simmel, con la vida espontánea, con lo inmediato, el hombre con las cosas que le rodean. En un primer momento la persona todavía no ha extraído de las cosas el espíritu que encierran, su *logos*: “vida individual, lo inmediato, la circunstancia, son diversos nombres para una misma cosa: aquellas porciones de la vida de que no se ha extraído todavía el espíritu que encierran, su *logos*”<sup>43</sup>. Todo lo que hoy es cultura tuvo su origen en lo humano, en la profundización que unos hombres realizaron de la vida espontánea: “lo que hoy recibimos ya ornado con sublimes aureolas, tuvo a su tiempo que estrecharse y encogerse para pasar por el corazón de un hombre”<sup>44</sup>. Lo que hicieron es descubrir el sentido de la realidad espontánea, su conexión, su unidad y haciéndolo cristalizaron unas formas culturales que hoy se manifiestan como autónomas. Frente a ellas las personas no deben mantenerse estupefactas, orgullosas de sus creaciones incapaces de ir más allá, dice Ortega: “Es preciso que no hieraticemos la cultura adquirida, preocupándonos más de repetirla que de aumentarla”<sup>45</sup>. Si el hombre cae en tal tentación queda aliena-

<sup>42</sup> I, 755. (Las citas de las obras de Ortega hacen referencia a la nueva edición de *Obras completas*. Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2004-2010).

<sup>43</sup> *Idem*.

<sup>44</sup> *Idem*.

<sup>45</sup> *Idem*.

do (el problema de *La rebelión de las masas* resuena en estas ideas con gran fuerza). ¿Qué hacer ante las formas culturales? Dice Ortega:

El acto específicamente cultural es el acto creador, aquel en que extraemos el *logos* de algo que todavía era insignificante (i-lógico). La cultura adquirida sólo tiene valor como instrumento y arma de nuevas conquistas. Por eso en comparación con lo inmediato, con nuestra vida espontánea, todo lo que hemos aprendido parece abstracto, genérico, esquemático. No lo parece: lo es. El martillo es la abstracción de cada uno de sus martillazos<sup>46</sup>.

Si recordamos el ciclo cultural de Simmel, es decir, que la cultura sale del sujeto para volver a él y perfeccionarle, no cuesta mucho verlo también en Ortega. La cultura verdadera, frente a la secundaria (las formas objetivas), es el cultivo del sujeto en cuanto que es capaz de dar sentido al mundo que le rodea, ésa es la dimensión clave de la cultura, no la adoración de los objetos culturales por sí mismos. Éstos no tienen sentido si no es para el cultivo de la persona. Cuando esto sucede estamos ante el idealismo mucilaginoso y pueril del que habla Ortega, el cual debe ser raído de nuestra conciencia.

Añade Ortega: “no detenernos perpetuamente en éxtasis ante los valores hieráticos, sino conquistar a nuestra vida individual el puesto oportuno entre ellos. En suma: la reabsorción de la circunstancia es el destino concreto del hombre”<sup>47</sup>. Sin darnos cuenta entramos en planos fenomenológicos a partir de una exposición con reminiscencias neokantianas, pues el tema de la reabsorción, reconducción o reducción de la circunstancia trasluce la influencia de Husserl. Aquí se ve hasta qué punto están imbricadas ambas tendencias en Ortega.

La importancia que siempre se le ha dado a esta parte de *Meditaciones* llamada “Lector...” debe extenderse también a este aspecto, la influencia de Simmel parece entreverse con claridad y ello denota el principal papel que tiene el berlinense en los orígenes de la filosofía de la cultura orteguiana.

En consonancia con lo anterior, parece interesante también uno de los textos con el que Ortega está presentando los ensayos, de ellos dice:

Son más bien lo que un humanista del siglo XVII hubiera denominado “salvaciones”. Se busca en ellos lo siguiente: dado un hecho –un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor– llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado. Colocar las materias de todo orden, que la vida, en su resaca perenne, arroja a nuestros pies como restos inhábiles de

<sup>46</sup> I, 756.

<sup>47</sup> *Idem*.

un naufragio, en postura tal que dé en ellos el sol innumerables reverberaciones<sup>48</sup>.

Si ésta es la intención de *Meditaciones del Quijote*, poca diferencia podemos encontrar con la idea general de los trabajos que se han examinado de Simmel. Los restos sobre los que debe dar el sol son las formas culturales que esperan la acción de la persona para que una vez asimilada brille con toda su intensidad, de lo contrario la cultura objetiva no son más que restos a la deriva que no tienen sentido. Ortega insiste en que su objetivo es buscar que un objeto o una persona alcancen su perfección de significado, o lo que es lo mismo, alcancen aquel estado al que han sido llamados. Una idea que encontrábamos desarrollada ampliamente en Simmel.

Otro lugar común entre Simmel y Ortega lo vamos a encontrar a propósito de la importancia de la actitud aventurera o heroica que debe mantener la persona. El espíritu creador del ser humano como su dimensión cultural por excelencia queda representado en Ortega por el famoso lema de *Meditaciones* “voluntad de aventura”. Llama la atención que Simmel publicase su texto sobre la aventura como actitud vital unos años antes que Ortega, además es interesante que ambos usos coincidan en gran parte. Simmel utiliza esta figura para contraponer la vitalidad al encadenamiento de las formas culturales.

Pedro Cerezo estudió con profundidad este concepto orteguiano en un ensayo incluido en su obra *La voluntad de aventura*:

En la “voluntad de aventura”, formula Ortega su alternativa existencial al espiritualismo trágico unamuniano de la oblación por el deber, bajo cuyo idealismo ético se ocultaba, a los ojos de Ortega, un pernicioso y extremo irracionalismo. Pero no era esta la única versión del espiritualismo. Años más tarde lo combatirá Ortega en la forma específica del culturalismo neokantiano –otra forma de idealismo– y en la ideología residual del progresismo pequeño-burgués. En este caso, la identificación del espíritu de aventura se lleva a cabo, frente al *homo transcendentalis*, dedicado a la realización de los valores trascendentales de la cultura, y el *homo aeconomicus*, que en el piso más bajo de la misma, se afana en el cultivo de los valores materiales<sup>49</sup>.

Como se puede observar, siguiendo a Cerezo, el uso de esta expresión por Ortega está vinculada a los mismos temas que Simmel, pues hay que recordar que el deber, es decir, la moral es una de las formas culturales por excelencia,

<sup>48</sup> I, 747.

<sup>49</sup> CEREZO, P., *La voluntad de aventura*. Barcelona: Ariel, 1984, p. 134.

y Ortega se enfrenta a Unamuno por ello<sup>50</sup>, lo que podría ser un indicativo de la influencia del alemán en el español. Toda la dedicación que pone Ortega en *Meditaciones* por demostrar que él no es relativista en el tema de moral es muy sugerente, pues todo lo que dice de la moral puede ampliarse a las otras dos formas por excelencia de la cultura (arte y ciencia):

Toda ética que ordene la reclusión perpetua de nuestro albedrío dentro de un sistema cerrado de valoraciones es *ipso facto* perversa. Como en las constituciones que llaman “abiertas”, ha de existir en ella un principio que mueva a la ampliación y enriquecimiento de la experiencia moral<sup>51</sup>.

Si esto lo entendemos en sentido amplio, no cabe duda que detrás se encuentra el maestro Simmel haciendo su propuesta de idea de la cultura. La cultura objetiva no tiene sentido en sí misma si no es para servir de peldaño para ascender un poco más en la historia de la cultura hacia el perfeccionamiento de los sujetos.

Si en Simmel encontramos tantos textos relacionados explícitamente con la cultura y en Ortega no, se debe a que el español se mueve más en el terreno de la aplicación de las ideas y no tanto en el de la exposición de fundamentos, especialmente en la época de *Meditaciones*. Esto significa que Ortega está aplicando lo aprendido en Alemania al caso español, y ello le hace parecer carente de fundamentos al no tener primero una obra escrita de teoría de la cultura. Ahora bien, en la práctica se entrevé la teoría, y eso es precisamente lo que sucede aquí. Ortega tiene su reto en la cultura española y por eso directamente se pone manos a la obra, con el único objetivo de revitalizar la cultura de España.

Este contexto favorece otro paralelismo entre Simmel y Ortega en su primer libro. Si Simmel había desarrollado su concepto de tragedia de la cultura en 1911, Ortega percibe la cultura española como una cultura estancada, donde la tragedia ha adquirido dimensiones impensables. De ahí el análisis que presenta al principio de las *Meditaciones*, el cual trasluce la herencia de Simmel en torno a la tragedia de la cultura. Dice Ortega: “se ha convertido para el español el universo en una cosa rígida, seca, sórdida y desierta. Y cruzan nues-

---

<sup>50</sup> Para conocer a fondo ese enfrentamiento se puede consultar el capítulo segundo llamado “El sentido jovial de la vida” del libro citado de Pedro Cerezo, el capítulo primero del libro de Javier San Martín que lleva por título “La polémica entre Ortega y Unamuno: Datos para la génesis de *Meditaciones del Quijote*” y en especial el *Epistolario completo Ortega-Unamuno*. Madrid: Ed. El Arquero, 1987.

<sup>51</sup> I, 751.

tras almas por la vida haciéndole una agria mueca, suspicaces y fugitivas como largos canes hambrientos”<sup>52</sup>.

Finalmente, creo que podría establecerse una vinculación también en cuanto a la idea simmeliana de la puerta y el puente, es decir, de la idea que se ha presentado como fundamental para comprender la cultura en Simmel, es decir, que el ser humano es aquel que relaciona y que separa. Ortega presenta el acto cultural como aquel proceso en el que el ser humano pone sentido a la vida espontánea, pero ¿qué es sentido? ¿Qué es extraer el espíritu que encierran las cosas? Veamos un par de citas de *Meditaciones*:

Y como espíritu, *logos* no son más que «sentidos», conexión, unidad [...]<sup>53</sup>.

El sentido de una cosa es la forma suprema de su coexistencia con las demás, en su dimensión de profundidad. No, no me basta con tener la materialidad de una cosa, necesito, además, conocer el sentido que tiene, es decir, la sombra mística que sobre ella vierte el resto del universo<sup>54</sup>.

Especialmente resuenan aquellas palabras de Simmel en las que, hablando del puente, expresa que la persona es aquel que en el río no ve sólo la materialidad, sino que en el río hay una separación. Esta capacidad humana es fundamental para Simmel y para Ortega, es definitoria del ser humano. Si renunciamos a ella el ser humano se derrumba o, como afirma Ortega, “la inconexión es el aniquilamiento”<sup>55</sup>, pues bien, el autor de *Filosofía del dinero* desarrolló el tema en 1909, después de que Ortega hubiera asistido a sus clases y de haberse convertido en un lector habitual de sus trabajos.

En conclusión, estos vínculos que se han establecido entre Simmel y Ortega son unas pequeñas notas para percibir la importancia que Simmel tiene para una comprensión adecuada de la filosofía de la cultura de Ortega. Simplemente se trata de llamar la atención sobre este hecho y, en especial, resaltar la influencia en *Meditaciones del Quijote*, que si bien no es la única importante, es cierto que tiene un lugar destacado y no es despreciable, pues los temas más notables de la filosofía de la cultura simmeliana pueden rastrearse en el primer libro de Ortega. ●

<sup>52</sup> I, 748.

<sup>53</sup> I, 755.

<sup>54</sup> I, 782.

<sup>55</sup> I, 749.

## ■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CEREZO, P. (1984): *La voluntad de aventura*. Barcelona: Ariel.
- FREYER, H. (1973): *Teoría del espíritu objetivo*. Buenos Aires: Sur.
- FRISBY, D. y FEATHERSTONE, M. (eds.) (2003): *Simmel on culture. Selected writings*. London: SAGE.
- GIL VILLEGAS, F. (1996): *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LASAGA MEDINA, J. (2003): *José Ortega y Gasset (1883-1955). Vida y filosofía*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- MASSÓ LAGO, N. (2006): *El joven José Ortega. Anatomía del pensador adolescente*. Castellón: Ellago.
- MORÓN ARROYO, C. (1968): *El sistema de Ortega y Gasset*. Madrid: Ediciones Alcalá.
- ORRINGER, N. (1979): *Ortega y sus fuentes germánicas*. Madrid: Gredos.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1991): *Cartas de un joven español*. Madrid: El Arquero.
- (2004-2010): *Obras completas*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- RALEY H. C. (1971): *Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea*. Madrid: Revista de Occidente.
- RAMOS TORRE, R. (2000): "Simmel y la tragedia de la cultura", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89.
- REGALADO GARCÍA, A. (1990): *El laberinto de la razón: Ortega y Heidegger*. Madrid: Alianza.
- SAN MARTÍN, J. (1998): *Fenomenología y cultura en Ortega*. Madrid: Tecnos.
- SIMMEL, G., "El concepto y la tragedia de la cultura", *Revista de Occidente*, vol. XLII, 124, Madrid, 1933.
- (1976): *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- (1986): *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península.
- (1988): *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Península.
- (1999): *Cultura femenina y otros ensayos*. Barcelona: Alba.
- (2000): "La crisis de la cultura", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89.
- (2007): *De la esencia de la cultura*. Buenos Aires: Prometeo.

Fecha de recepción: 05/11/2010  
Fecha de aceptación: 08/04/2011